

RUBEN DARIO, ¿CLASICO O ROMANTICO?

POR

RAUL SILVA CASTRO

Después de la impresión inicial del encantamiento de la forma, en el cual Rubén Darío fue sin duda eximio, parece llegada la hora de investigar y de examinar, calando si es posible, los reales motivos que tuvo el poeta para hacer lo que hizo. Estamos entrando en el período ingrato de las definiciones. Pretendemos saber si hay algo tras la brillante corteza, y no nos parece ya irreverencia ni acto de dudoso gusto conocer lo que leyó el escritor antes de escribir, e inquirir lo que soñaba antes de tomar la pluma, y también durante este acto primario y sustancial de la expresión.

Podemos avanzar más lejos aún, para explorar en el arte de Rubén Darío los agregados, los cambios de nivel, el material de relleno y ver, en suma, si éste siempre es noble o si, de vez en cuando, admite alguna liga, de las que subrepticamente echa mano el albañil cuando no le vigila, alerta, el ojo del capataz. Salvo el caso de una mera exclamación, el lenguaje conlleva una estructura, y suele ella ser tan compleja y constar de tantos elementos que desarmarla es un esfuerzo de paciencia y de tacto.

Pero sin ir tan allá, sin descender a esos pisos soterraños de la emoción y de la sensibilidad, donde aflora el primer embrión del poema, si de verdad el poema nace como una criatura, y se desarrolla y crece; sin ir tan lejos, para iniciar estas exploraciones podremos revivir la vieja querrela de las escuelas, más de una vez sugerida o evocada en tratándose de Rubén Darío.

Benedetto Croce intentó un día definir el romanticismo, y dijo que éste exigía del arte, sobre todo, la efusión espontánea y violenta de los afectos, para enumerar en seguida amores, odios, angustias, júbilos, desesperanzas y elevaciones. Si esto es efectivo, el artista romántico propendería a decirlo todo y a decirlo con exageración, sin mucho respeto a la serenidad de relaciones que pudiera exigirse, a fin de que autor y lector se entiendan bien acerca de lo que aquél sugiere y de lo que éste desea saber. Agrega Croce que en atención a tales exigencias, el romántico se complacía en imágenes vaporosas e indeterminadas, y adopta un estilo roto y fragmentario, de vagas sugerencias, con frases aproximativas, a modo de esbozos torcidos y turbios. Es, abrevian-

do, arte llamado a producir con frecuencia la impresión de que el autor, inquieto, presuroso, no atendió a trabar prolijamente sus elementos y dejó, en fin, con algún grado de inverecundia, cabos sueltos.

Y haciendo oposición a este arte de esbozos truncos, señalaba más adelante el ilustre esteta cuáles eran, en su sentir, los rasgos del arte clásico, o mejor: del clasicismo en contraste con el romanticismo.

Croce apunta entonces cómo el clasicismo gusta del ánimo apagado y no violento, del dibujo completo y acabado, de las figuras estudiadas en su carácter y precisas en sus contornos. Le pareció, asimismo, que el artista clásico, o clasicista, tendería a la ponderación, al equilibrio, y no sería en nada esquivo a la claridad. Abreviando, decía el ilustre pensador italiano que el clasicismo tiende resueltamente a la representación, así como el romanticismo tiende al sentimiento.

Ahora bien: ¿y qué ocurriría si tomando estas definiciones de Croce, fruto de tan dilatada meditación sobre el arte, las aplicáramos a la obra de Rubén Darío? ¿Entenderíamos mejor el fenómeno introducido por éste en las letras de lengua española? ¿Nos daríamos más cabal cuenta de cuáles fueron sus adquisiciones, su innovación, el legado que deja, el mensaje a que abría paso su verso? Estos procedimientos de aproximación para captar la esencia de la creación suelen parecer insuficientes al vulgo, el cual propende a creer tan elevado el nivel de la obra literaria, que nada puede acertar jamás a definirla. Los tratadistas de la estética, los críticos literarios, los historiadores de la literatura serán, por lo común, menos exigentes. La definición fina y ponderada de Croce, erigida sin duda en una sensibilidad singularísima, jamás entorpecida por intensas jornadas de estudio, puede ser, pues, una llave ganzúa que nos abrirá algunos de los cofres más herméticos de la poesía de Rubén Darío.

Si esto es así, como podría ser, tendríamos en Rubén Darío, gracias al dibujo completo de los seres evocados, así como por el don de la medida y por el equilibrio. Nótese cómo algunos de sus poemas, acunados por una música de fácil melodía, se prolongan lo justo para inquietar al lector; pero no insisten, y se cortan, aun cuando sin brusquedad, si el artista cree bastante la sugerida representación. Decorativa pompa, escenarios galantes, atuendos primorosos, castos desnudos, se dan a porfía en el estilo del poeta nicaragüense. Se le verá seducido por el ambiente de la mitología griega, antes que por las toscas sugerencias del pasado americano, al cual, sin embargo, de vez en cuando concedió alguna mención en sus versos. Pero le seduce más la Francia de los Luises, por la mucha seda que ve en torno al talle de sus damas, por el concepto sutil que se desliza de los labios del abate voluptuoso y por la danza pausada y leve en donde se han compro-